



PATXI
IRURZUN

LOS
SEÑORES
DEL
VIENTO

La famosa caza de brujas en Zugarramurdi, el auto de fe de Logroño de 1610, las cárceles secretas de la Inquisición, los bucaneros de La Española, los Hermanos de la Costa y la república libertaria que intentaron crear en la isla Tortuga, los corsarios vascos del mar Caribe...

Joanes de Sagarmin, protagonista y narrador de esta novela vivirá todas estas peripecias tras huir de la pequeña aldea navarra de Zugarramurdi. Perseguido por la Inquisición, encontrará refugio junto a otros huérfanos y huidos de la justicia, primero en el sur de Francia, junto a los terribles corsarios vascos, y después en el Nuevo Mundo, donde se convertirá en músico de una tripulación pirata.

A lo largo de su agitada vida, el destino de Joanes permanecerá siempre unido al de un encantador y cruel filibustero, Kuthun, y al de la misteriosa Morguy, la joven vidente y ayudante del inquisidor Lancre. Entre los tres se establece un triángulo de amor y odio, en cuyo centro permanece la búsqueda de una libertad que el destino y la cuna parecen haber negado a quienes tienen como única posesión el viento y esperan que alguna vez sople a su favor.

Índice de contenido

Prólogo

Capítulo 1

Primera parte: Zugarramurdi

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Segunda parte: Lapurdi

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Tercera parte: La Española

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Cuarta parte: Tortuga

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Quinta parte: La Habana

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Nota

Sobre el autor

1

Así es como me gusta recordarle: de pie sobre el mascarón de proa y arrojando al mar transparente de la isla Tortuga la joya más valiosa obtenida en el último abordaje.

—*Jo ezazu, musikaria!*^[1] —me ordenaba en la lengua de nuestros padres el capitán Kuthun.

Y apenas yo obedecía y hacía redoblar el atabal, su voz de trueno amainaba.

—Recibe este presente como prueba de fidelidad —susurraba con dulzura, y dejaba caer al agua un resplandeciente anillo de oro, un collar de delicadas esmeraldas, los hilos de plata desgarrados de la casulla de un obispo... Y siempre, siempre, emergía una lengua de mar que recibía la ofrenda y la arrastraba a lo más profundo, allá donde descansan los corazones de los filibusteros.

La mar era nuestra única amante, la única a la que guardábamos respeto, en la que nos reconocíamos como iguales los Hermanos de la Costa, tal vez porque era tan cruel e indómita como nosotros. Con ella nos desposábamos cada vez que regresábamos con un botín a nuestra guarida.

—Tú eres, mar amada, nuestra ley, nuestra patria y nuestra religión.

Así lo hacía saber, en nombre de toda la tripulación, el capitán Kuthun.

Y así es como me gusta recordarle; así, en lugar de enloquecido, destazando con su estoque el pecho de los prisioneros incapaces de satisfacer su codicia; así, en lugar de ordenando colgar a alguno de ellos del mástil mayor con un perro muerto amarrado al tobillo; así, en lugar de colga-

do él mismo en esta plaza de Armas de La Habana, mientras la mujer que siempre he amado sonríe satisfecha y yo veo morir sin mover un solo dedo al hombre que un día, siendo ambos solo unos niños, salvó por primera vez mi vida.

Primera parte: Zugarramurdi

2

Mi nombre es, vuelve a ser después de tantos años, Joanes de Sagarmin. Durante mucho tiempo me llamaron de muchas otras maneras: «el hijo de la bruja», después de que la justicia decidió —en el famoso auto de fe de Logroño de 1610— que mi madre lo era y debía morir por ello; Cornelius, mientras vagabundeeé por los puertos y astilleros entre Hendaya y Bayona, huyendo del terrible juez Pierre de Lancré; simplemente «chico», en la selva y las montañas de La Española; y fui también «el músico de los piratas», para los filibusteros indomables de la isla Tortuga.

Nací en un caserío de Zugarramurdi, un pueblito del norte de Navarra, en el año del Señor de 1600. Dolarenea, nuestro caserío, se asentaba en lo alto de una colina, justo sobre la raya que, decían, desgajaba España y Francia. Yo nunca llegué a saber con exactitud por dónde discurría aquella raya. Por el contrario, en los días soleados desde la cima de la colina podía distinguir el mar, la línea que lo separaba de forma abrupta de playas o acantilados, e imaginaba, tras la frontera de agua, países lejanos y seres extraños. El mar ejercía sobre mí un vértigo enfermizo que me hacía tambalearme entre la atracción y el rechazo. Aquel gran charco de cenizas azules inflamaba mi curiosidad por una parte y por otra me transportaba a un mundo repleto de peligros que quemaban mis entrañas y me hacían retroceder y volver la mirada tierra adentro. Me encontraba entonces con una vista que dominaba todo el valle. Laderas verdes y empinadas se sobreponían hasta sumergirse en un oleaje sereno de robledales y hayedos. Los montes se des-

garraban en espectaculares cuevas y simas profundas. Desperdigados aquí y allá, aparecían rebaños de ovejas, bordas, otros caseríos y pueblitos...

Zugarramurdi era una tranquila aldea de cincuenta o sesenta fuegos, habitada por pastores, carboneros y labradores. Muchos de ellos solían venir a Dolarenea al llegar el otoño —y con él la época de la sidra— para exprimir sus manzanas en el lagar que ocupaba la segunda planta del caserío. Derramaban las manzanas alrededor de la gran viga de roble, se colocaban descalzos en hileras de cinco, siete, diez hombres y reventaban la fruta con sus pisones, las pesadas mazas que hacían caer al unísono sobre el suelo de madera.

Recuerdo aquellos golpes como el pulso de un gran corazón —el corazón de las montañas— que usurpaba el mío propio y me ensanchaba el pecho, tal vez porque sus palpitations demoledoras duraban horas. A pesar de ello, al anoecer, cuando los hombres terminaban su trabajo, todavía tenían fuerzas para colocar una *txalaparta* a la puerta de la casa, que tañían al tiempo que entonaban la *kirikoketa*, una canción que imitaba el ritmo de aquellos pisones y cuyo eco llegaba hasta los rincones más remotos del valle.

En las horas y en los días siguientes, a la llamada de esa canción y del latido de madera de la *txalaparta*, acudían más labradores con sus carros de manzanas. Y así, en Dolarenea todas las noches se escuchaban risas, y había danzas, y desafíos de versos, y, en definitiva, una música continua que se prolongaba los tres o cuatro meses que duraba la época feliz de la sidra.

Fue una de aquellas noches cuando vi por primera vez a Kuthun.

En aquella época Kuthun debía de tener trece o catorce años —cinco o seis más que yo— y ya por entonces se asemejaba a un pequeño sol que todo lo iluminaba y alrede-

dor del cual giraba el mundo. Era un muchacho rubio de mirada soñadora y atormentada. Sus grandes ojos tenían el mismo color que el mar que yo divisaba desde lo alto de la montaña, aquel azul tiznado de una ceniza turbia, y desprendían el último reflejo de un niño atrapado en el cuerpo de un hombre robusto, preparado ya para pelearse con la vida.

Yo nunca lo había visto, a pesar de que llegó con un grupo de Sara, el primer pueblo al otro lado de la muga, a tan solo una hora de camino. Creo, de todos modos, que si tan solo hubiera visto a Kuthun en aquella ocasión habría bastado para no olvidarlo jamás.

Esa tarde, hasta el caserío se había acercado también un hombre de San Juan de Luz al que llamaban Oncedodos, que era quien solía comprarnos la sidra y al que mi padre también recurría cuando, una vez acabada la temporada, se dedicaba al contrabando de trigo, ganado o de la plata que solía traer de las ferias de Pamplona. Oncedodos era un hombre gordo y de aspecto sucio, a pesar de los paños finos con los que acostumbraba a vestirse y de los grandes anillos que adornaban grotescamente sus dedos, gruesos y blandos como ristras de longanizas. Casi siempre estaba borracho y reía con una carcajada que solía atragantarse en una tos fea, enredada en flemas, y que sonaba fuera de tono, igual que cuando yo tocaba la flauta y me equivocaba en una nota.

Oncedodos nunca me gustó. A menudo sentía que me clavaba la mirada y cuando me atrevía a encararle solía encontrarme con unos ojos pequeñitos, del color de un charco de agua sucia, que se detenían en mí con una intención cuyo propósito todavía, a mi corta e inocente edad, no alcanzaba a desenterrar de aquel fango.

Aquel día yo estaba terminando de tallar una *txirula*, una pequeña flauta de madera, sentado al calor de una hoguera que había encendido a la puerta del caserío. Anocheceía ya y los golpes de los pisones en el lagar se escu-

chaban cada vez más cansinos y distanciados. En sus intervalos, desde los montes próximos a Zugarramurdi se oían los cencerros de los bueyes, recogién dose camino de sus establos. Mi abuelo, que era pastor, pronto volvería a casa y se sentaría junto a aquel fuego, alrededor del cual los campesinos de Sara, satisfechos y liberados tras el duro trabajo, ya habrían empezado la fiesta. Yo entonces me colocaría junto a mi abuelo, lo vería como cada noche unir primero su voz a la de los hombres, después su *txistu* y su atabal, y esperaría el momento en que con un leve codazo me diera la señal para que fuera yo quien me sumara tímidamente a la música con mi pequeña y nueva *txirula*.

Imaginaba, pues, aquella escena, anticipando el placer que me proporcionaba, cuando de repente oí acercarse a alguien:

—Vaya *txirula* más bonita, jovencito —dijo.

La figura tambaleante de Oncededos apareció espectral, deformada por las lenguas de fuego. Solo pude distinguirla con claridad una vez que se colocó a un paso de la hoguera.

—¿Me dejas verla? —preguntó, señalando la pequeña flauta.

—Todavía está sin acabar —alcancé a contestar tímidamente, mientras apretaba con fuerza la *txirula* y con más fuerza todavía, en la otra mano, la navaja con que la tallaba.

El contrabandista estalló en una de sus carcajadas desafinadas. Yo permanecía todavía sentado y desde donde me encontraba veía su gran barriga, agitándose como un odre de vino. Parecía que fuera a reventar en cualquier momento, de no ser por el cinturón de cuero que sujetaba sus calzones y del que colgaban en un extremo una bolsa con monedas y en el otro un machete. Oncededos había introducido los pulgares entre ese cinturón y los calzones y el resto de sus dedos caían sobre su regazo deformados por las piedras preciosas que remataban sus anillos, incrustadas entre pliegues de carne rosada y rebosante.

—¿Estás contándolos, eh? Quieres saber si realmente son once, ¿verdad? —dijo, cuando se dio cuenta de que yo no podía apartar la vista de ellos.

Después desenganchó los pulgares del cinturón, aflojó la hebilla e introdujo las manos por debajo de las calzas hasta juntarlas en su entrepierna, donde se agitaban como una camada de animales extraños y voraces.

—Vamos, adelante, ahora puedes contarlos. Igual es verdad y resulta que tengo once dedos. Vamos, cuéntalos, no tengas miedo —insistía, cada vez con más vehemencia, balanceando su enorme barriga ante mis atónitos ojos.

—No, déjeme —intenté escabullirme, pero él sacó una de sus manos de las calzas e inmovilizó el brazo con el que yo sostenía la navaja.

Sus dedos monstruosos me aferraban como tenazas, pero en realidad no era el dolor lo que más me molestaba sino el sudor que los empapaba y su tacto frío, como el de un muerto.

—¡Suélteme, me hace daño! —me revolví.

Pero Oncededos me atrajo violentamente hacia él. Justo en ese momento a nuestras espaldas terció una voz:

—¡Deja al chico en paz!

Oncededos se volvió sobresaltado. Luego, la silueta avanzó unos pasos y al revelarse como la del joven Kuthun, el contrabandista, envalentonado, soltó otra de sus carcajadas cavernosas.

—Lárgate de aquí, mocososo —dijo.

—Me iré cuando sueltes al chico —contestó Kuthun desafiante.

Oncededos volvió a reír ante el desplante, pero cuando los ecos de su carcajada se extinguieron los grandes ojos azules de Kuthun permanecían todavía fijos en él, en apariencia imperturbables y sin embargo despidiendo una extraña fuerza, que empequeñecía la figura paquidérmica de su oponente hasta el tamaño de una rata inmunda.

La altivez del muchacho enfureció al de San Juan de Luz.

—¡Maldito hijo de Satanás! —chilló, y echando mano a su machete se abalanzó sobre él. Antes, se deshizo de mí con un empujón, que me hizo rodar por la hierba. No sé qué sucedió en ese breve intervalo, pero al recuperar el equilibrio vi el machete tirado junto al fuego y a Oncedodos tumbado boca arriba, con Kuthun sentado sobre su pecho. Este le había inmovilizado los brazos con las rodillas.

—¡Trágate lo, bola de sebo! —gritaba enojado, restregándole por la cara puñados de barro—. ¡Cómete la hierba, animal! —le llenaba la boca con matojos que arrancaba del suelo—. ¡Llena tu gorda panza! —le golpeaba en el estómago...

La respiración de Oncedodos cada vez era más entrecortada, casi agónica. Yo estaba aterrorizado. Kuthun parecía fuera de sí y pensé que iba a matar al contrabandista, pero no me atreví a pedirle que parara. A pesar de su ira el muchacho sonreía de una manera extraña: una mueca cínica se dibujaba como una leve cicatriz sobre su rostro de niño.

Continuó maltratándole durante un buen rato, sin piedad. Solo se detuvo cuando en el lagar dejaron de oírse por fin los golpes de los pisones y se escucharon pasos bajando las escaleras.

Entonces se puso en pie jadeante y ayudó a incorporar el enorme y maltrecho cuerpo de Oncedodos, quien se levantó a duras penas, tambaleándose y tosiendo aparatosamente. Sus ropas elegantes estaban desgarradas y empujadas.

—Vamos, vete de aquí, vuelve a San Juan a ocuparte de tus sucios negocios —le dijo Kuthun.

Justo en ese momento me di cuenta de que Oncedodos, además del machete, había perdido también su bolsa con el dinero. Estaba tirada sobre la hierba y no pudo evitar que, entre el fango, la saliva y la sangre que le cubrían la

cara, su mirada se abriera paso en esa dirección, despidiendo un destello delator de codicia.

Kuthun también vio el saquito con las monedas. Avanzó rápidamente hacia él y lo pisó con furia; luego se agachó y recogió el machete.

—¡Vamos, lárgate de una vez! —amenazó, blandiéndolo.

Oncededos salió corriendo como un animalito hambriento y aturdido, al que han golpeado en el hocico cuando ha intentado llevarse al mismo un currusco de pan. Sin embargo, antes de verlo desaparecer en la oscuridad de la noche todavía le oímos ladrar una amenaza.

—¡Me las pagaréis! ¡Volveremos a vernos y juro que me las pagaréis! —gritó.

Y sus palabras, una vez más, se ahogaron en la ciénaga de su carcajada terrible.

Una vez que Oncededos hubo desaparecido Kuthun me entregó la bolsa con las monedas.

—No, no, por favor —intenté rechazarlas, pero él me tapó con delicadeza la boca (sus dedos, al contrario que los gélidos y fúnebres del contrabandista, desprendían un calor placentero que convirtió mis labios en dos ascuas).

—Es mejor que los demás no lo sepan —dijo, señalando al grupo de labradores de Sara que se acercaba hacia nosotros—. Será nuestro pequeño tesoro.

Distinguí también entre los hombres a mi padre y, antes de que me viera, eché a correr hacia la parte trasera del caserío. Aquellas monedas quemaban entre mis manos. Me tumbé sobre la hierba, escarbé nervioso bajo un roble que allá había y las enterré. Estaba muy asustado. ¿Y si mi padre me descubría? ¿Cómo iba a explicarle de dónde había salido aquel dinero? ¿Y si —por otra parte— Oncededos no se había resignado a darlo por perdido y todavía andaba rondando por Dolarenea?...

Mi corazón, pegado a la tierra, la golpeaba con fuerza, como si tratara de abrirse paso a través de ella y buscara refugio en sus entrañas, entre las raíces del árbol y los cimientos del caserío. A la vez, tenía la remota certeza de que algo había cambiado, de que aquello que había sucedido comenzaba a apartarme de todo cuanto hasta entonces había sido mi vida; el presentimiento, en suma, de que en aquel agujero, junto con las monedas, estaba enterrando mi niñez.

Tapé, pues, apresuradamente el hoyo y regresé corriendo hacia la hoguera, atraído por su resplandor como un insecto desorientado. Alrededor del fuego se habían sentado ya mi padre y los labradores de Sara, quienes cantaban los primeros acordes de la *kirikoketa*. Vi también a mi abuelo, acompañándolos con su tamboril y su *txistu*, y me acomodé junto a él, sigiloso y cabizbajo. No me atrevía ni siquiera a levantar la mirada del suelo, por temor a que se cruzara con la de Kuthun y saltara alguna chispa de complicidad que nos delatara. Él, por el contrario, se comportaba como si nada hubiera sucedido. De pie junto al fuego, tañía de forma rítmica la *txalaparta* sin que le temblara el pulso.

Yo continué tallando mi pequeña flauta. De vez en cuando me la llevaba a la boca y la hacía sonar, afinándola al compás de las diferentes canciones que iban sucediéndose. Hasta que sentí la señal de mi abuelo. Entonces, de un modo instintivo —y aunque aquella noche no tenía gana alguna—, comencé a tocar. Para mi sorpresa, la música brotó de una manera que hasta entonces me resultaba desconocida. Parecía que mi abuelo, al hundir su codo en mis costillas, hubiera despertado algo dentro de mí, un pajarito que revoloteaba aturdido primero, después buscando una salida y que cuando por fin la encontraba comprendía que era libre y volaba en dirección al cielo hasta convertirse solo en un punto negro que dejaba tras de sí la estela de su trino, hermoso y natural.